

LA INMACULADA

“Seguro que viene, esperamos un parto de luz”

ECCLESIA

08_12_2020

Gloria Riva



Piero della Francesca, Virgen del Parto, 1455, fresco, 260 cm × 203 cm. Museo de la Madonna del Parto, Monterchi

¿Qué mayor advenimiento podría haber en la historia de la salvación si no el de María, embarazada, sola con su Misterio, en espera de lo que para otros era duda o vergüenza?

Así, frente a quienes vieron la Encarnación como un acontecimiento místico, en el contexto agustiniano, se desarrolla la iconografía de la Virgen del Parto que ilumina la verdad teológica de María que, de hecho, “espera” a su Niño Dios.

A partir del siglo XIII, por tanto, florecieron estas Vírgenes embarazadas, algunas de las cuales han sufrido manipulaciones y coberturas, al igual que las Vírgenes de la Leche, por considerarlas inapropiadas por una devoción errónea a la Virgen María. Entre éstas, una espléndida edición nos la entrega Piero della Francesca, conocida como la Virgen de Monterchi.

Una obra maestra también cargada del dolor del artista, debido a la enfermedad y luego por la pérdida de su madre, originaria de Monterchi. El fresco estaba destinado a la antigua iglesia de Santa María di Momentana, donde las mujeres embarazadas acudían a suplicar gracias para sí mismas y para el feto. Hacia 1785 la iglesia fue destruida en parte para construir un cementerio, el fresco se mantuvo intacto como para acompañar la fe de los creyentes hacia el gran y último nacimiento que nos espera a todos: pasar de la vida a la muerte, del vientre de la tierra al vientre divino. Hoy, la superintendencia aún no ha establecido el lugar adecuado para conservar este fresco, arrancado del cementerio para ser protegido. Sin embargo, precisamente por su historia, queda un signo poderoso de esta misteriosa expectativa que acompaña al Adviento: Cristo ha venido, viene y vendrá. Sí, nos llega a todos en Navidad como conmemoración litúrgica, como la Verdad de la fe en acción en los Misterios, pero llega aún más en el momento de nuestra muerte, cuando todo velo ha caído, nuestros ojos lo verán.

Nadie más que la Virgen, entonces, puede tomarnos de la mano y acompañarnos en esta espera que pone en el foco el vínculo único e indestructible (tanto como indisponible) entre la vida y la muerte, entre el presente y la eternidad.

Piero anuncia el gran acontecimiento que cambia la historia con dos ángeles, idénticos y especulares (para los que, de hecho, utiliza el mismo cartón invertido). La Virgen aparece improvisamente debido al levantamiento de las dos cortinas, realizando así visualmente las palabras del Salmo 23: *Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, alzadlas, puertas eternas, para que entre el Rey de la gloria*. Nos hacemos eco del salmo preguntando: *¿Quién es este rey de gloria? Él es el Señor de los ejércitos*, es decir, el Dios de los espíritus celestiales. Dos, además, están presentes aquí para certificar la identidad del feto con su postura y sus colores. La Virgen Madre está mirando a la derecha, probablemente obedeciendo a la luz real del lugar donde se encontraba originalmente.

Sin embargo, Piero recoge la posición con un significado más profundo. De hecho, refuerza su significado al realzar la luz que incide en el telón y los ángeles, así como el tono de sus ropas.

Para aquellos que, como el judío, escriben de derecha a izquierda, la luz viene de izquierda a derecha. Así también aquí viene la luz del futuro y la Virgen se vuelve hacia ese punto de luz, ese Oriente que lleva en su vientre, pero hacia el que el Creyente se vuelve en la espera.

El ángel de la derecha, de hecho, tiene el rostro moreno y viste el traje marrón de un otoño que está a punto de morir en el invierno de la ausencia de Dios y de la fe. El otro ángel, en cambio, es verde como la primavera y anuncia, levantando el brocado luminoso, la fecundidad del tiempo de la salvación, simbolizado por las granadas doradas acolchadas sobre terciopelo.

Sin embargo, ninguno de los presentes mira hacia el punto de luz que todo parece indicar: los ángeles nos miran mientras la Virgen se deja llevar por su misterio.

No está aquí y no está allí, dirá Jesús en su Evangelio. No crea en aquellos que le dirán que el Salvador está aquí, está allí. El cielo mismo ha descendido. Está aquí donde hay fe. Él está aquí donde hay gracia. El cielo es todo en el vestido de la Virgen que revela el lugar donde mirar.

En su postura estatuaria es como la *Turris de marfil*, descansa sobre sus pies con el orgullo de quien lleva la verdadera Luz en su vientre, su rostro majestuoso es regio, pero se pone la mano en la cadera como la mujer a punto de parir, que lucha por sostener el peso de la criatura que lleva consigo.

Cristo tiene un peso específico en la historia humana, su humanidad es real, carnal, histórica y es una humanidad sin la cual, como diría Teresa de Ávila, no hay salvación. Pero aquí la Virgen "turríta" nos ofrece, con un gesto delicado y descuidado de la mano, el verdadero punto de fuga, el lugar de la contemplación, la verdadera luz del fresco y de la mano del deseo: una herida blanca y brillante en su vientre. De ese corte de luz vendrá el Señor Jesús, esperado por la Gente, el Mesías.

Este es el Adviento. Fija tus ojos en el Autor de la vida para juzgarlo todo. Entender que el Cielo está aquí no por voluntad humana, sino por permiso divino. El hombre no puede llegar a Dios y comprender, pero al hombre se le da un cierto camino: el mismo camino que Dios recorrió para revelarse.

El Adviento es verdaderamente el camino de la humildad humana. El corte de Piero con este atuendo mariano a menudo me recordaba el corte en el lienzo de Fontana. Pero si en este último está la voluntad del hombre de dominar la realidad, en Piero está el camino humilde de la belleza que sólo se puede recibir con asombro.

Aquí el Adviento es también esto: un abandono diario y piadoso ante el asombro de un Dios que viene. Estamos seguros de que viene, porque ya ha venido. También estamos seguros de que llegará y esta es la gran expectativa. No esperamos la muerte, sino el nacimiento de la luz, como aseguró el antiguo cementerio de Monterchi con la Madonna di Piero.